

Pedro Ortega y sus colaboradores nos animan a que todos nosotros nos unamos a este proyecto para hacer de la vida un mundo de convivencia más justo y solidario para todos.

Ester Carrión Morales  
Universidad de Murcia

---

**Marisa Musaio (2013).**

*L'arte di educare l'umano.*

Milano: Vita e Pensiero, 159 pp.

Desde el momento en que la educación se interroga por el significado profundo de la existencia ha de estar también en disposición de captar estéticamente, es decir, con agudeza perceptiva y una renovada sensibilidad, lo que de particularmente decisivo para el crecimiento y la formación humana esté emergiendo.

La autora de este libro, investigadora de la Università Cattolica di Milano, nos invita a sondear con valentía y confianza la belleza –que comparece en armonía con la verdad, según en principio griego del *kalós kai agathós*, o sea, de lo bello unido a lo bueno– propia del educar a lo largo del trascurso de una vida abierta a la novedad, a lo inesperado, a la esperanza y a la confianza en la regeneración y exterior que va cobrando forma con el devenir de cada día, valorando así esa búsqueda existencial que no siempre alcanzamos a apreciar en nuestras relaciones interpersonales y vivencias interiores.

La obra se articula en tres partes fundamentales. En la primera –“Promover la humanidad. Fundamentos e implicaciones existenciales”–, aun reconociendo las dificultades inherentes a la nuestra época, sus dramas e incertidumbres, se subraya la urgencia de dar vida a un “humanismo concreto” (p. 30), que sea capaz de sacar a la luz el sentido unitario y armónico del ser humano, pero no desde una perspectiva teórica, inerte e hipostática, cuanto empeñado en captar el fecundo diálogo entre la educación y la vida, a fin de clarificar “cuál es la necesidad de fondo a la que la educación debe hallarse en grado de responder” (p. 49).

Una clave de lectura de la cuestión que acabamos de plantear es la que se expone en la segunda parte: “El arte de educar lo humano, objeto de la reflexión pedagógica”. En sus páginas, la autora concibe la educación como un “arte creativo” (p. 70), capaz de hacerse cargo de “la profundidad de las cosas” (p. 73) y, como es propio de la obra de un artista, capaz de llevar buen término nuestra forma, en tanto que seres humanos únicos e irrepetibles. Al hacer realidad tal promesa, es necesario descubrir el valor antropológico y educativo del asombro –el cual “se

convierte en una especie de despertar del hombre a la conciencia de su origen” (p. 93)–, y de la educabilidad humana.

Esta última consiste en aquél fundamento antropológico y armónico que da vida a nuestra identidad personal y a nuestra maduración, y que supone siempre también la fragilidad y la aceptación de los límites. Tal ‘incertidumbre’ antropológica se convierte, sin embargo, en un signo educativo de nuestra condición existencial de seres humanos, dado que, al tomar conciencia de nuestra fragilidad, tenemos siempre igualmente la posibilidad de recordar el valor singular de nuestra educabilidad precisamente mediante el recurso a la belleza (cuestión que, además del personalismo, constituye uno de los ejes básicos de la investigación de la autora desde hace años). El valor formativo de la belleza no se limita a la simple capacidad de expresión, o bien a la contemplación desinteresada de la obra de arte, sino que se reeviva en virtud de sus conexiones con el bien y la verdad, con la ética y la ontología (p. 106). Precisamente por ello, “la belleza no sólo provoca una emoción, sino que nos hace conocer un realidad que antes desconocíamos, nos pone en contacto a nosotros mismos al permitirnos explorar mundos que no sospechábamos existiesen” (p. 107).

La tercer y última parte –“Vías y modalidades de ‘arte’ de educar”– desarrolla en último extremo todo lo que se ha ido perfilando en los capítulos precedentes, al recordarnos cuán esencial es dejarse guiar por una peculiar “mirada estética”, capaz de hacer resonar la armonía inherente al ser humano. Armonía que, sin embargo, no implica un ensimismamiento egoísta y narcisista, desde el momento en que se percibe en la relación de alteridad, en sus diversas formas y perfiles fenomenológicos y hermenéuticos. La educación es vista así como un “arte de vivir”, fruto de un peculiar acto creativo, y adquiere cuerpo durante la existencia gracias a una educación ‘poética’, dado que “la dimensión poética nos conduce al sentido de la belleza, al sentido de lo sagrado, a participar del misterio del mundo” (p. 141).

Resulta imposible condensar en unas pocas líneas cuanto va cobrando forma en el libro, dado que tanto por la profundidad de los temas abordados, como por las encrucijadas educativas examinadas, se desarrollan y entrelazan muy variados asuntos, que sugieren en todo momento nuevas vías de análisis y nuevos horizontes de sentido. En todo caso, en el curso de la lectura de la obra emerge un elemento de fondo que considero muy significativo: la permanente confianza en el acto formativo y en el crecimiento del ser humano. Por tal motivo, a pesar de las inevitables dificultades y las duras caídas, el hombre tiene siempre la posibilidad de volver a levantarse y considerar con renovada esperanza cuanto le pueda acaecer.

Emanuele Balduzzi  
Università Cattolica del Sacro Cuore (Milán)